

Lucas 3:1-6

Sermón Lucas 3:1-6

Malaquías 3:1-4; Filipenses 1:3-11

“En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abilinia, y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan hijo de Zacarías, en el desierto. Y él fue por toda la región contigua al Jordán predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados, como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice: «Voz del que clama en el desierto: “Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo valle se rellenará y se bajará todo monte y collado; los caminos torcidos serán enderezados, y los caminos ásperos allanados, y verá toda carne la salvación de Dios”».” (Lucas 3.1–6)

El Adviento es un tiempo de preparación. Nos preparamos para celebrar la Navidad, el recuerdo de que Cristo vino la primera vez cuando nació en Belén. Reconocemos que Cristo viene a nosotros cada vez que su palabra se predica y los sacramentos se celebran. Y sabemos que Cristo vendrá otra vez al final del mundo para juzgar a los vivos y a los muertos.

En la lección del Antiguo Testamento de Malaquías escuchamos que Cristo viene, el mismo que había sido prometido, una promesa de que muchos ya se desesperaban porque no veían ninguna señal de que venía. La respuesta de Dios es que Cristo, el ángel del pacto, en realidad viene. Pero la pregunta que enfrentó a los que lo estaban esperando en el tiempo del Antiguo Testamento es, “¿Pero quién podrá soportar el tiempo de su venida? o ¿quién podrá estar en pie cuando él se manifieste?” Vendrá Cristo, el Salvador. ¿Pero estará listo su pueblo para recibirlo?

El ministerio de Juan el Bautista como predicador de arrepentimiento sería esencial para que su pueblo antiguo estuviera preparado para la venida de Cristo en la tierra, y es necesaria la misma predicación de arrepentimiento en nuestro tiempo si vamos a estar preparados para recibirlo a él con

bendición para nosotros cuando venga para juzgar. Permitamos, entonces, que el ministerio de Juan se cumpla también en nosotros, y estemos verdaderamente preparados para recibir a Cristo en su venida.

El texto presenta la situación del comienzo del ministerio de Juan con detalle bastante específico. No es algo legendario, algo que érase una vez. Más bien, es algo que ocurrió en un tiempo particular muy concreto, cuando ciertas personas gobernaban tanto en lo secular y en lo religioso. “En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abilinia, y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás”. El año sería más o menos de 28 a 29 d. C. Roma dominaba la tierra santa, en parte directamente por un gobernador, en otras partes por medio de príncipes menores que debían lealtad a Roma. Se mencionan dos sumos sacerdotes. Anás había sido el sumo sacerdote hereditario, pero fue destituido por los romanos y después sus hijos y su yerno, Caifás, lo reemplazaron, aunque retuvo alguna fuerte influencia en los asuntos religiosos de los judíos. En estas circunstancias, por primera vez en 400 años, desde el tiempo en que Malaquías había profetizado, “vino palabra de Dios a Juan hijo de Zacarías, en el desierto”.

Esto era lo trascendental. Dios mismo otra vez enviaba un mensajero especial, en palabras de Malaquías (cuyo nombre también significa “mi mensajero”) “«Yo envío mi mensajero para que prepare el camino delante de mí” (Malaquías 3.1). El que envía el mensajero es Dios, el mismo que viene, que tomará carne humana para ser el Salvador de la humanidad. Malaquías llama a Dios que viene el Señor, el ángel o mensajero del pacto. Pero promete enviar primero a otro mensajero para preparar su camino, para que haya un pueblo preparado para recibirlo. Ahora vino la palabra de Dios a ese mensajero, Juan el Bautista, en el desierto.

Lucas describe su misión en las palabras del profeta Isaías. “Voz del que clama en el desierto: “Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo valle se rellenará y se bajará todo monte y collado; los caminos torcidos serán enderezados, y los caminos ásperos allanados, y verá toda carne la salvación de Dios”. Las sendas torcidas, los valles profundos, los altos montes, los caminos ásperos, todos representan los obstáculos que presenta el pecado humano en los corazones de los seres

humanos, que no dejan entrar el Señor con salvación. Lo que se ve es que todo el paisaje tiene que alterarse. Nada puede quedar realmente como es. Todo tiene que cambiar para presentar un camino digno del Señor.

Dejando de lado las figuras de lo que tiene que pasar para que el Señor pueda entrar con salvación en el corazón humano, Lucas habló directamente de la misión de Juan. “Y él fue por toda la región contigua al Jordán predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados”.

Juan fue un predicador de la ley. Llamó al pueblo pecador a cambiar de actitud, a dejar el pecado, a lamentar que habían ofendido a Dios. En realidad, esta predicación de la ley mata, porque declara que el alma que pecare, esa morirá. Cuando en los Artículos de Esmalcalda, una de las confesiones de nuestra iglesia luterana, Lutero describe el concepto bíblico del arrepentimiento, escribe: “Esta función de la ley la mantiene y la practica el Nuevo Testamento. Es lo que hace Pablo cuando dice en el capítulo 1 de Romanos: ‘La ira de Dios se revela desde el cielo contra los hombres’ (Ro. 1:18); igualmente en el capítulo 3. El mundo entero es culpable ante Dios y ningún hombre es justo ante él (Ro. 3:19 y 20); Cristo mismo dice en el capítulo 16 de Juan que el Espíritu Santo convencerá al mundo de pecado (Jn. 16:8). Esto es el rayo de Dios con el cual destruye en conjunto tanto a los pecadores manifiestos como a los falsos santos; a nadie deja ser justo, les infunde a todos el horror y la desesperación. Es el martillo (como dice Jeremías): Mi palabra es como martillo que quebranta la piedra’ (Jer. 23:29). Esto no es una *activa contritio*, una contrición que sería obra del hombre sino una *pasiva contritio*, el sincero dolor del corazón, es sufrimiento y sentir la muerte. Y es así como comienza el verdadero arrepentimiento, debiendo el hombre escuchar la siguiente sentencia: ‘Vosotros todos nada valéis; vosotros, ya seáis pecadores manifiestos o santos, debéis llegar a ser otros de lo que sois ahora, y obrar de manera distinta que ahora. Quienes y cuan grandes seáis, sabios, poderosos y santos, y todo cuanto queráis, aquí no hay nadie justo, etcétera”.

Así Juan vino predicando este austero mensaje que mostró no sólo a los pecadores manifiestos, sino también a los que se creían los más santos, a los que se jactaban de ser descendientes de Abraham, que todos necesitaban un cambio, un cambio radical, necesitaban un corazón diferente y nuevo en donde el Señor podría entrar para reinar.

“Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: —¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: ‘Tenemos a Abraham por padre’, porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego” (Lucas 3.7–9).

Les indicó a los que fueron afectados por su predicación qué serían algunos de los frutos dignos de arrepentimiento concretos en sus situaciones particulares. Compartir con los necesitados, para los cobradores de impuestos, a limitarse a lo que el gobierno romano exigía y no aprovechar para el enriquecimiento personal. Para los soldados o policías, no cobrar coimas y estar contentos con su salario.

Pero Juan no se quedó sólo con mostrar a las personas su culpa y su condenación. Si eso fuera todo lo que predicaba, sólo dejaría a las personas en la desesperación. Como dicen otra vez los Artículos de Esmalcalda: “A esta función [de condenar el pecado] el Nuevo Testamento agrega inmediatamente la consoladora promesa de la gracia, promesa dada por el evangelio y en la cual hay que creer”. Menciona que Cristo anunció: “Arrepentíos y creed en el evangelio”, y que Juan también era predicador de arrepentimiento “pero para la remisión de los pecados”. Lutero explica: “Esto es, [su misión] consistía en castigar a todos los hombres y presentarlos como pecadores, para que supiesen lo que eran ante Dios y se reconociesen como hombres perdidos y para que entonces estuviesen preparados para el Señor a recibir la gracia, esperar y aceptar el perdón de los pecados”.

Hemos mencionado que el fin y el efecto del bautismo de Juan era “el perdón de los pecados”. Y cuando Jesús mismo vino a donde Juan estaba bautizando, Juan lo señaló y dirigió la atención de toda la gente a él con las palabras: He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Con esto está indicando que Cristo es ese Señor que Malaquías predijo, Jehová mismo venido a su pueblo. Pero viene como un sacrificio, una ofrenda perfecta que pagará por la culpa y las transgresiones de su pueblo, de modo que todos los que se

arrepienten y son bautizados, poniendo su fe en este Cordero de Dios, tendrán el perdón de los pecados.

Si tenemos que reconocer que también somos pecadores que sólo hemos merecido el castigo y la muerte eterna, nosotros también necesitamos el mismo mensaje de esperanza y perdón que Juan el Bautista proclamó. Necesitamos la predicación de la ley que expone nuestra deuda y condenación, las altas cumbres del orgullo que tienen que ser bajadas, los profundos valles de la duda y la desesperación que tienen que ser llenados, los caminos torcidos de nuestros pensamientos, palabras y acciones malvadas que tienen que ser enderezados. Nosotros también tenemos que llegar a reconocer verdaderamente y siempre de nuevo que somos pecadores en necesidad de un Salvador. Pero cuando esto se ha reconocido, es tiempo para que Cristo, el Cordero de Dios, pueda encontrar entrada con su gracia y perdón también en nuestro corazón. Así, confiando en él, estaremos realmente listos para su venida también en gloria para juzgar a los vivos y a los muertos. Y así también produciremos verdaderamente frutos dignos de arrepentimiento que demuestran nuestro arrepentimiento y que sirven para alabar a aquel que ha venido para redimirnos de todos nuestros pecados. Que Dios conceda que esto sea el caso con cada uno de nosotros. Amén.